

pocos que carezcan de conocimientos en historia natural, y mucho más en anatomía. Estos entenderán el argumento de Quatrefages, considerando que si dos personas marchan una á la derecha y otra á la izquierda, no es posible que se encuentren. De la propia suerte, si el hombre y el simio llegan á su desarrollo por caminos contrarios, evidente es, no sólo que ninguno desciende del otro, sino además que no tienen ningún género de parentesco entre sí, como pretenden los defensores del transformismo.



XVI.

RAZÓN FILOSÓFICA DEL DARWINISMO.

Dos formas tiene la soberbia humana
Que infatua egoísmo glorifica;
La vanidad liviana
Del escaso saber, que nada explica,
Incrédula razón de poco precio,
Necia sonrisa que distingue al necio;
Y razón orgullosa,
Que arguye con dogmática elocuencia
Contra toda aserción maravillosa,
En nombre del *saber* y de la *ciencia*.

VAMOS á concluir nuestro trabajo exponiendo la causa que dió vida y se la conserva al evolucionismo, al menos en cuanto se refiere al hom-

bre como producto natural de las fuerzas de la materia, progresivamente des-envueltas y perfeccionadas.

Decimos con relación al hombre, porque si bien no se ha demostrado ni se demostrará jamás, la trasformación de una especie en otra, la afirmación de esta hipótesis respecto de las especies irracionales no tiene en el orden moral los gravísimos inconvenientes que cuando la evolución se hace llegar al género humano.

Ni tampoco en el orden religioso íntimamente unido con el orden moral, pues nada hay definido respecto al modo de la aparición de los animales brutos, como lo hay respecto á la aparición del hombre, debida únicamente, según enseña la fe católica, á la operación inmediata de Dios que formó su cuerpo y creó su alma.

Y hémos aquí con la clave de las doctrinas trasformistas. *El alma.*

El alma, que informa el cuerpo de cada uno de los hombres, es lo que no

quieren ver en sí mismos los defensores de esas teorías materialistas, para quienes no hay diferencia esencial entre el perro que ladra en el corral y el amo que escribe en el gabinete.

¡Desgraciados! De ellos ha dicho hace mucho tiempo un escritor inspirado: «El hombre constituido en honor, no ha tenido discernimiento, se ha igualado con los insensatos jumentos y se ha hecho como uno de ellos». ¹

Mas como no nos gusta calumniar á nadie, aunque sea trasformista, pondremos aquí algunos testimonios que comprueben nuestra afirmación.

Haeckel describe así nuestro origen: «En la inmensa duración de los tiempos terciarios, fué cuando los monos catarinos, cuyas garras ya se habían convertido en uñas, debieron perder su cola, despojándose parcialmente de sus pelos, predominando el cráneo cerebral sobre el facial. Mas tarde, las extremi-

¹ PSALM. XLVIII, 13.

dades anteriores llegaron á ser las manos del hombre, las posteriores se convirtieron en pies, y se presentaron al fin hombres verdaderos por la gradual transformación del grito animal en sonidos articulados. El desarrollo del lenguaje fué causa suficiente del desarrollo de los órganos que le son necesarios, como la laringe y el cerebro». ¹

Su maestro Darwin, aunque al hablar del origen de las especies excluyó al hombre de su teoría transformista, más tarde, en otro libro que publicó con el título de *La descendencia del hombre*, se explica en estos términos: «El hombre desciende de un mamífero veloso, provisto de cola y orejas puntiagudas, que probablemente vivía sobre los árboles y habitaba el mundo antiguo. Un naturalista que hubiera examinado la conformación de su ser, le habría puesto entre los cuadrumanos». ²

¹ *La creation naturelle.*

² Chap. 6.

¡Qué honor para la familia! ¡Y cómo nos enaltecen estos sabios! Aquí viene bien aquello de

Mira cómo subo, subo,
De pregonero á verdugo.

Los naturalistas posteriores, que siguen las huellas de Darwin, hasta tal punto están conformes en suprimir el alma, que de esto ya no se discute, se da simplemente por sentado y se pasa á otra cosa. La gran discusión entre los alemanes, según testificaba Vogt, en el año 1877, tenía por objeto averiguar á qué clase de antepasado toca la gloria de haber producido al hombre, decidiéndose unos por los *ascidios* y otros por los *anélidos*.

Los franceses se expresan así en la *Revista de ambos mundos*: «Todos los seres se tocan, forman una cadena de vida... En esta jerarquía de seres ocupa el hombre el primer lugar, pero no está fuera de la familia (*gracias por la lisonja*). Los mismos órganos, los

mismos aparatos, las mismas funciones, el mismo nacimiento, *la misma vida*, (!) *la misma muerte*, (¡eso quisiérais!)... No hay dos maneras de morir, una para ese semi-Dios que llaman hombre, y otra para el bruto. El hombre y el bruto perecen del mismo modo. Detiéndose el corazón, la respiración cesa, pierde el sistema nervioso sus propiedades, y luego los átomos químicos constitutivos del cuerpo, se esparcen tomando diversas combinaciones. El carbono y el oxígeno que hay en el hombre, no se distinguen del carbono y el oxígeno que forman parte del cuerpo de los brutos... En consecuencia, puede darse por sentado que no existe ese abismo que llaman infranqueable entre el hombre y la bestia».¹

La lectura de esas frases de ignominia para la llamada *ciencia contemporánea* nos ha traído á la memoria otras frases idénticas escritas en un libro que

¹ 15 de Febrero de 1883.

vió la luz hace 30 siglos, donde los *sabios* de entonces hacían las mismas observaciones, sacando idénticas consecuencias.

Hé aquí las frases á que nos referimos: «Porque lo mismo perece el hombre que los jumentos, é igual es la condición de uno y de otros, pues como el hombre muere, así mueren ellos; todos respiran de la misma manera, y nada tiene el hombre sobre el jumento; todo está sujeto á la vanidad, y todas las cosas van á parar á un mismo lugar; de la tierra fueron hechos y en tierra igualmente se convierten. ¿Quién ha visto si el alma de los hijos de Adán sube hacia arriba y el alma de los brutos cae hacia abajo?»¹

¡Es decir, que en fuerza de progresar *científicamente*, hemos desandado 30 siglos!

Trátase sencillamente de eliminar el alma; incógnita que atormenta lo in-

¹ ECCLES. III, 19-21.

decible á los defensores del origen simiaco del hombre, y de la cual quisieran verse libres, como sus antepasados, para vivir sin aprensión y sin cuidado de rendir á nadie cuenta de sus acciones.

Esta es, lo diremos sin rebozo, la causa impulsiva que mueve á muchos naturalistas á no ver en el hombre más que una bestia perfeccionada, cuyas funciones, sin salir jamás del orden material, son un poco más elevadas que las de los brutos. De aquí la negación de la diferencia esencial entre unos y otros seres; porque no siendo el hombre más que un bruto civilizado, no puede tener responsabilidad moral, ni puede ser regido por otras leyes que las que presiden el desenvolvimiento orgánico de la materia. Atracción, repulsión, afinidades químicas, reacciones, etc., etc., será todo lo que opere en el hombre, si éste no es otra cosa que un pedazo de materia orgánica.

Esta doctrina, que ha hecho y está haciendo estragos en otras naciones, es

la que, bajo el especioso nombre de *ciencia*, quiso en mala hora difundir entre nosotros el director del Instituto provincial; doctrina que, no teniendo menos de ridícula que de irracional, inmoral y antirreligiosa, debe ser combatida con la razón, con el ridículo y con las armas de la fe; doctrina que, á los ojos de la ciencia natural, es una abyección sin fundamento alguno en la naturaleza, pues toda ella se basa sobre hipótesis, que ni se han podido ni se podrán probar nunca; doctrina contradicha también por la sana filosofía, á la cual toca investigar el origen de los seres, que no puede ser objeto de la experiencia, por lo mismo que está fuera y sobre la experiencia.

No es menester ser un lince para conocer los resultados funestos de esa doctrina en el orden social. Si el hombre no es más que el hijo del bruto, se acabó la moral y con ella la vergüenza, concluyendo el infeliz humano por ser tan desvergonzado y tan imprudente

como el mono su padre. Por consiguiente, ¡viva el amor libre!

Si el hombre no tiene alma racional que le distinga esencialmente del bruto, se acabó la religión y con ella la vida futura. Luego no hay más que gozar en la presente cuanto podamos, sin reparar en medios ni tener escrúpulos necios que nos lo impidan; pues en último termino, la sociedad no será otra cosa que el derecho del más fuerte, y la lucha por la existencia, una de las leyes darwinianas, exigirá de nosotros que en vez de amar al prójimo como á nosotros mismos, le demos contra una esquina.

Sin embargo, contra esa abyecta teoría, protestará siempre el sentido común del hombre y la ciencia verdadera, que, fundándose en la observación racional de los hechos, halla en todas partes y en todas ocasiones la manifestación de la inteligencia, de la libertad y del pudor, por no fijarnos en otras señales inequívocas de la espiritualidad,

lo mismo en el negro más bozal, que en el blanco más civilizado.

De intento no hemos querido tocar estas cuestiones, porque dicen que la ciencia no entra en consideraciones abstractas y se atiene solamente á los hechos observados por los naturalistas.

Tampoco queremos nosotros salir del campo de la experiencia, y por eso nos fijamos en hechos. Sólo que hay por fuerza que admitir alguna deducción ó inducción, aun cuando se trate de hechos solamente, pues de otra suerte no hay ni puede haber ciencia.

Ahora bien, los hechos observados, así en el hombre como en el bruto, prueban de un modo incontestable que el hombre es un ser inteligente, libre y moral; mientras que el bruto, aun el más adelantado, carece de aquellas tres propiedades esenciales al hombre, á pesar de todas las semejanzas de organización que pretendan encontrarse entre ambos. Y si hay distinción esencial, no puede proceder el uno del otro por

generación; porque esta, conforme á las enseñanzas de la filosofía y de la ciencia, sólo se da entre seres de la misma esencia, entre seres específicamente idénticos.

Precisamente este es el argumento de los darwinistas: el hombre desciende del bruto, luego no hay entre uno y otro diferencia esencial. Hemos probado en este pequeño trabajo la falsedad del antecedente; podemos por lo mismo negar la consecuencia.

Ahora retorcemos el argumento, como dicen los escolásticos, y asentamos así nuestro raciocinio. El hombre se distingue esencialmente del bruto; luego no procede de él. La legitimidad de esta deducción, no puede ser negada, sin dar al traste con toda la teoría darwinista; por lo cual faltanos solamente ver si es cierta la premisa, y esto de un modo más directo que el usado hasta aquí, con lo que llegaremos á la misma consecuencia del ningún parentesco próximo ni remoto, entre

el género humano y el mono ú otra bestia cualquiera.

Ensayemos.

Todo fenómeno necesita una causa que le produzca, y una causa proporcionada á la naturaleza misma del fenómeno. En este principio está fundada toda la ciencia de la naturaleza, y sin él la ciencia se hace imposible. Así, observando los sabios los fenómenos naturales, haciendo experiencias repetidas, y comparando hechos con hechos, han deducido las leyes por que se gobierna el mundo.

Si, pues, comparando los fenómenos observados en el hombre, aunque sea en estado de salvaje, y los observados en el bruto más perfecto, encontramos que distan inmensamente los unos de los otros, lógicamente deduciremos, que la causa productora de unos está á inmensa distancia de la que produce los otros.

Ahora bien: mientras vemos que en los brutos hay cierta inmovilidad causal, que no les permite adelantar un paso

en su modo de obrar, en el hombre, al contrario, se observa tal movimiento, tanta diferencia en sus actos y en el modo de proveer á sus necesidades, que le separa en este punto totalmente de toda clase de brutos. Algunos de estos, viviendo entre los hombres, y pudiendo observar los adelantos y las variedades del progreso humano, están como sus antepasados de hace muchos siglos, sin adelantar lo más mínimo en sus operaciones, sin variar un ápice ni retroceder, como una máquina impulsada por cierta fuerza motriz inconsciente é incapaz de determinarse y mudar de dirección. Así vemos que las golondrinas edifican sus nidos de igual forma un año que otro año y un siglo que otro siglo, sin que sea posible distinguir ni el más pequeño adelanto, ni la más pequeña variación. Y eso á pesar de construirlos unas veces en miseras chozas, y otras en magníficos palacios de varias formas y de órdenes de arquitectura distintos.

¿Qué significa esto, sino que ningún bruto—porque lo que decimos aquí de las aves, es aplicable á todos los brutos, aun los más perfectos—tiene ideas propiamente dichas, ni discurso, ni raciocinio de ninguna especie, sino que obra en él una fuerza ciega, que ni adelanta en los más perfectos, ni atrasa en los más imperfectos, y que es, como la llama el ilustre Duilhé, *la inercia del instinto?*

Lo mismo ladra el perro de hoy y rebuzna el burro que en los tiempos de Homero y de Moisés: lo mismo muge el buey y bala la oveja de nuestros campos, que las apacentadas por Jacob en casa de su suegro, y en la Palestina. Y como las ovejas, los bueyes, los asnos, y los perros de Europa, así balan, mugen, rebuznan y ladran los de Asia y América.

Volvamos la hoja y veremos salir de los antiguos salvajes á los Bufones, Lineos, Lavoisieres, y tantos sabios que desde las hachas de piedra puli-

mentada han llegado al ferrocarril y al teléfono.

Pues bien: la inmovilidad y el movimiento no pueden tener una misma causa, la inercia y la actividad no pueden hallarse á la vez en un mismo sujeto. O lo que es lo mismo, el sujeto activo se distingue esencialmente del sujeto inerte. Luego el hombre esencialmente es distinto del bruto; hay en el hombre un principio de que aquel carece; tiene un alma racional, espiritual é inmortal. Alma que se ve clarísimamente en las obras humanas. Alma que pregonan á una voz los fenómenos observados en la especie humana, sin necesidad de salir para nada del método de observación.

Como consecuencia de la facultad cognoscitiva hallamos en el hombre otros fenómenos de que ni rastro siquiera se encontrará en el mono, ni en los demás animales. Tales son los que constituyen al hombre como ente moral y religioso; fenómenos que suponen

desde luego las ideas abstractas, universales y suprasensibles; fenómenos que se han observado en los hombres salvajes, lo mismo que en los civilizados, sin excluir las tribus más atrasadas, como lo hizo observar Quatrefages respecto á los tasmanianos, de quienes dice Lubbek que, «apenas los viajeros parecen considerarlos como seres dotados de razón».

¿En qué clase de brutos hállanse semejantes ideas, y cuáles son sus manifestaciones?

Concluimos, pues, nuestro breve estudio, sobre el trasformismo con las siguientes frases de Faivre: ¹ «Esta hipótesis no se legitima, ni por su principio, que es una conjetura, ni por sus deducciones, que en ninguna manera confirman la realidad, ni por sus demostraciones directas, que apenas llegan á inverosimilitudes, ni por estas dos consecuencias extremas, que así la ciencia

¹ *La variabilité des espèces et ses limites.*

como la dignidad humana nos prohíben aceptar, á saber: la generación espontánea y el parentesco íntimo y degradante con el bruto. A pesar de toda la habilidad é ingenio con que ciertos sabios se han esforzado en defender esta doctrina, la razón y la experiencia han dejado en pleno vigor el juicio proferido por Cuvier, diciendo que «entre los diversos sistemas relativos al origen de los seres organizados, no hay ninguno menos verosímil que el que hace nacer de la variabilidad uno tras otro, los diferentes géneros, por desenvolvimientos y metamorfosis graduales».

¿No es verdad que se han lucido los darwinistas?

¡Puede el mono darse tono
Con semejantes parientes!
¡Vaya! como que esas gentes
Están por bajo del mono...

FIN.

INDICE.

	Págs.
CUASI PRÓLOGO.....	5
I PRELUDIOS.....	9
II LÓGICA DARWINISTA.....	15
III ABUELOS DE LA NIÑA.....	24
IV DARWIN.....	35
V UN CANTO RODADO.....	41
VI LUCHA TERRIBLE.....	49
VII FLOR Y NATA.....	59
VIII CAMBIO DE POSTURA.....	69
IX EL IDIOMA DE LA GEOLOGÍA...	79
X DE REPENTE.....	91
XI LA PALEONTOLOGÍA EN DANZA.	103
XII EL HOMBRE ¿ES YA VIEJO?....	115
XIII SOMOS Ó NO SOMOS SALVAJES...	133
XVI REVELACIONES DE UN BISTURÍ..	145
XV LAS CALAVERAS.....	167
XVI RAZÓN FILOSÓFICA DEL DARWINISMO	183

Se hallará esta obra en las principales librerías de Madrid y provincias á 1,50 ptas.

Los pedidos á los Sres. Viuda e Hijo de Aguado, Pontejes, 8.

En los mismos puntos se hallarán las obras siguientes:

UN LIBRO DE TEXTO, Zurribanda al <i>Curso de Historia de España de Don Anselmo Arenas</i> , dos tomos en 8.º.	2	ptas.
DE SANTO TOMÁS Ó DE KRAUSE, incompatibilidad del Krausismo con la doctrina católica, un tomo.	2,50	
LA INQUISICIÓN, observaciones acerca de este tribunal.	0,50	
PEDRO BLOT, narración de Paul Feval, un tomo.	2	ptas.
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, por Don Antonio de Valbuena (<i>Miguel de Escalada</i>), un tomo en 8.º.	3	ptas.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, por D. Antonio de Valbuena (<i>Venancio González</i>), tercera edición, un tomo en 8.º.	3	ptas.
HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio.	1,50	

QH3
S5
C.